

NUEVE

Lo primero que vio Kirsty cuando dobló la esquina de la calle Lodovico, al día siguiente, fue que había desaparecido la persiana de la ventana de arriba de la fachada. En su lugar, en los cristales habían pegado hojas de periódicos.

Descubrió una atalaya al abrigo de un acebo desde donde podía vigilar la casa sin que nadie la viera. Seguidamente, se acomodó para la vigía.

La recompensa tardó en llegarle. Pasaron más de dos horas hasta que vio a Julia salir de casa, y otra hora y cuarto hasta que volvió. Para entonces, Kirsty tenía los pies entumecidos por el frío.

Julia no había regresado sola. Kirsty no conocía al hombre que la acompañaba, ni tampoco parecía probable que perteneciera al círculo de Julia. De lejos parecía de mediana edad, corpulento, de calvicie incipiente. Antes de seguir a Julia dentro de la casa, el hombre echó una nerviosa ojeada atrás, como temiendo que alguien estuviera viéndoles.

Kirsty esperó en su escondite más de un cuarto de hora, sin estar segura de qué hacer a continuación. ¿Debía quedarse allí hasta que saliera el hombre y enfrentarse a él? ¿O ir a la casa y tratar de hacer que

Julia la dejara entrar? Ninguna de las dos opciones era especialmente atractiva. Optó por no decidirse. En cambio, se acercaría más a la casa y, en su momento, vería la inspiración que le llegaba.

La respuesta fue escasa. Mientras avanzaba por la vereda, sus pies deseaban dar la vuelta y llevársela lejos. A decir verdad, estaba a un paso de hacer exactamente eso cuando oyó un grito que provenía de dentro.

El hombre se llamaba Sykes, Stanley Sykes. No era sólo eso lo que le había dicho a Julia cuando volvían del bar. Ya sabía el nombre de su mujer (Maudie) y su trabajo (ayudante de podólogo); había visto fotos de sus hijos (Rebecca y Ethan), que él le había enseñado para que los piropeará. Parecía como si el hombre la desafiara a continuar con la seducción. Julia se limitó a sonreír, diciéndole que era un hombre con mucha suerte.

Pero, una vez en la casa, las cosas empezaron a torcerse. De repente, a mitad de la escalera, el amigo Sykes le anunció que lo que estaban haciendo estaba *mal...*, que Dios los veía, que conocía sus corazones y los había hallado faltos. Ella hizo todo lo que pudo por tranquilizarlo, pero él no quiso aceptar que lo apartara del Señor. En vez de eso, se enfadó con Julia y descargó su rabia contra ella. Pudo haberle hecho algo peor, en mitad de su ataque de ira virtuosa, si no hubiese sido por la voz que lo llamó desde el pasillo de arriba. Instantáneamente, dejó de golpearla y se puso tan blanco que creyó que quien lo llamaba era el mismísimo Dios. Entonces, en lo alto de la escalera, apareció Frank en toda su gloria. Sykes soltó un grito e intentó salir corriendo. Pero Julia estuvo rápida. Lo detuvo con la

mano el tiempo suficiente como para que Frank bajara esos pocos escalones y lo agarrara fijamente.

Hasta que no oyó el crujido y el chasquido de los huesos cuando Frank se apoderó de la presa, Julia no se dio cuenta de lo fuerte que se había vuelto en los últimos tiempos, seguramente más fuerte que un hombre normal. Cuando Frank lo tocó, Sykes volvió a gritar. Para hacerlo callar, Frank le arrancó la mandíbula.

El segundo grito que oyó Kirsty terminó abruptamente, pero en su tono pudo percibir tanto pánico que fue corriendo hasta la puerta y estuvo a punto de llamar.

Sólo entonces se lo pensó mejor. En vez de llamar, fue por el lateral de la casa, dudando con cada paso que daba de la prudencia de aquello, pero igualmente segura de que un ataque frontal no la conduciría a ninguna parte. La valla que daba acceso al jardín trasero no tenía pestillo. La cruzó con los oídos atentos a cualquier sonido, especialmente al de sus propios pies. Desde la casa, nada. Ni siquiera un gemido.

Dejando la valla abierta por si necesitaba una rápida retirada, se apresuró a ir a la puerta trasera. Estaba abierta. Esta vez permitió que la duda disminuyera la velocidad de sus pasos. Quizá debía llamar a Rory para que viniera a la casa. Pero para entonces cualquier cosa que estuviera sucediendo allí dentro habría terminado, y ella sabía perfectamente bien que, a menos que pudiera atraparla con las manos en la masa, Julia lograría escabullirse de cualquier acusación. No, ésta era la única manera. Entró.

La casa seguía en completo silencio. Ni siquiera se oían pasos que le permitieran ubicar a los actores que había venido a ver. Fue hasta la puerta de la cocina, y

desde allí hasta el comedor. Se le retorció el estómago; de repente tenía la garganta tan seca que apenas podía tragar.

Del comedor al salón, y de allí al vestíbulo. Todavía nada: ni murmullos ni suspiros. Julia y su compañero sólo podían estar arriba, lo que le sugería que se había equivocado al pensar que los gritos eran de miedo. Quizás lo que había oído eran gritos de placer. Tal vez había oído gritos de placer. Un grito de orgasmo en vez de terror, como había interpretado. Era un error muy fácil de cometer.

La puerta de la calle estaba a su derecha, a unos metros de distancia. Aún podía escabullirse y escapar, la tentó la cobardía, y nadie se enteraría de nada. Pero una feroz curiosidad la había embargado, un deseo por descubrir (por *ver*) los misterios que albergaba la casa y acabar con ellos. Mientras subía la escalera, la curiosidad iba aumentando hasta alcanzar la euforia.

Llegó arriba y empezó a caminar por el pasillo. Se le ocurrió que los tortolitos habían volado, que se habían ido por la parte delantera mientras ella entraba sigilosamente por la parte trasera.

La primera puerta a la izquierda era el dormitorio; si Julia y su amante estaban apareándose, seguramente sería allí. Pero no. La puerta estaba entornada y husmeó. La colcha no tenía arrugas.

Entonces oyó un grito deforme. Tan cercano, tan fuerte, que los latidos de su corazón perdieron el ritmo.

Salió agazapada del dormitorio y vio surgir una figura tambaleándose de una de las habitaciones que daban al pasillo más adelante. Tardó un momento en reconocer al hombre inquieto que había llegado con Julia...

y sólo pudo reconocerlo por la ropa. El resto estaba cambiado, horriblemente cambiado. Una devastadora enfermedad se había apoderado de él en los minutos que habían pasado desde que lo viera en la entrada, marchitándole la carne sobre los huesos.

Al ver a Kirsty, el hombre se lanzó hacia ella, buscando la frágil protección que ella podía ofrecerle. Sin embargo, no se había alejado más de un paso de la puerta cuando una forma surgió por detrás de él. También parecía enfermo: tenía el cuerpo vendado de los pies a la cabeza, y los vendajes estaban manchados de sangre y de pus. No obstante, en la velocidad y la ferocidad de su ataque posterior no hubo nada que hiciera pensar en una enfermedad. Más bien al contrario. Alargó los brazos para coger al hombre que huía y lo agarró del cuello. Kirsty soltó un chillido mientras el captor atraía a la presa a su abrazo.

La víctima emitió el exiguo lamento del que era capaz su rostro. Después, su antagonista apretó más el abrazo. El cuerpo tembló y se sacudió; las piernas se combaron. Le salió sangre por los ojos, la nariz y la boca. Las gotas invadieron el aire, cayendo como granizo caliente, rompiéndole a Kirsty en la frente. La sensación la sacó de la inercia. No era momento de esperar y observar. *Corrió.*

El monstruo no la persiguió. Llegó a lo alto de la escalera sin ser atrapada. Pero mientras sus piernas empezaban a bajar, el monstruo se dirigió a ella.

Su voz era... conocida.

—Aquí estás —dijo.

Hablaba en un tono sedoso, como si la conociera. Ella se detuvo.

—Kirsty —le dijo—. Espera un momento.

Su cabeza le decía que corriera. Sin embargo, su instinto desafió el sentido común. Quería recordar de quién era esa voz que hablaba desde los vendajes. Todavía podía escaparse con toda facilidad, razonó; tenía una ventaja de siete metros. Se dio la vuelta y miró a la figura. El cuerpo que aguantaba en los brazos se había encogido, en posición fetal, con el pecho contra las piernas. La bestia lo dejó caer.

—Lo has matado... —dijo ella.

La cosa asintió. Al parecer, no pensaba disculparse, ni ante la víctima ni ante la testigo.

—Ya lo lloraremos más tarde —le dijo y avanzó un paso hacia ella.

—¿Dónde está Julia? —exigió Kirsty.

—No te preocupes. Todo va bien... —dijo la voz. Kirsty estaba a punto de recordar de quién se trataba.

Mientras ella seguía atónita, la cosa avanzó otro paso apoyando una mano en la pared, como si le costara mantener el equilibrio.

—Te vi... —continuó—. Y creo que tú me viste. En la ventana... —El desconcierto de Kirsty aumentó. ¿Tanto tiempo llevaba esa cosa en la casa? En tal caso, Rory debía...

Y entonces reconoció la voz.

—Sí. Te acuerdas. Veo que te acuerdas...

Era la voz *de Rory*, o mejor dicho, una voz muy cercana a la suya. Más gutural, más egocéntrica, pero de una semejanza tan extraordinaria que la mantuvo clavada en su lugar mientras la bestia avanzaba con paso vacilante, hasta que estuvo lo bastante cerca para atraparla.

Finalmente, Kirsty renunció a su fascinación y se dio

la vuelta para huir, pero la batalla ya estaba perdida. Lo oyó a un paso por detrás de ella y luego sintió sus dedos en el cuello. Los labios de Kirsty dejaron escapar un grito, pero éste apenas había empezado a elevarse cuando la cosa le tapó la boca con la ondulada palma de su mano, anulando tanto el grito como el aliento que con él salía.

La arrastró hacia arriba por el camino que había hecho. Kirsty trató en vano de liberarse de sus brazos; aparentemente, las pequeñas heridas que sus dedos abrían en el cuerpo del monstruo —desgarrándole las vendas y ahondando en la carne— no lo afectaban en absoluto. Durante un espantoso momento, los talones de Kirsty se engancharon en el cadáver tirado en el suelo. Después sintió que la arrastraba hasta la habitación de donde antes habían salido el vivo y el muerto. Olía a leche cortada y a carne fresca. Cuando la tiraron al suelo, notó que la madera estaba mojada y caliente.

El estómago se le revolvió. No luchó contra el instinto, sino que vomitó todo lo que tenía en la barriga. En la confusión provocada por el malestar real y el terror presentido, no estaba segura de lo que vino después. ¿Entrevió a otra persona (a Julia) en el pasillo, cuando la puerta se cerraba de golpe, o era una sombra? De un modo u otro, era demasiado tarde para llamarla. Estaba a solas con la pesadilla.

Limpiándose la bilis de la boca, se puso de pie. La luz del día perforaba los periódicos de la ventana por varios puntos, moteando la habitación como el sol entre las ramas. Y a través de esta bucólica escena, la cosa se le acercó olisqueándola.

—Ven con papá —dijo.

En sus veintiséis años de vida, nunca había oído una invitación más fácil de rechazar.

—No me toques —dijo Kirsty.

Él inclinó un poco la cabeza, como si estuviera encantado con esa demostración de decoro. Después se acercó a ella, todo pus, risas y —que Dios la ayudara— *deseo*.

Kirsty retrocedió unos cuantos centímetros desesperados hasta llegar a un rincón, hasta que no tuvo otro lugar adonde ir.

—¿No te acuerdas de mí? —dijo él.

Ella negó con la cabeza.

—Frank —fue la respuesta—. Soy el hermano Frank...

Había visto a Frank sólo una vez, en la calle Alexandra. Había venido de visita una tarde, justo antes de la boda; no podía recordar más. Excepto que lo había odiado en cuanto lo vio.

—Déjame en paz —dijo, mientras él extendía las manos. Sus dedos manchados le tocaron los senos con vil delicadeza.

—¡No! —gritó ella—. O te juro que...

—¿Qué? —dijo la voz de Rory—. ¿Qué vas a hacer?

La respuesta era *nada*, claro. Estaba indefensa, como sólo lo había estado en sus sueños, aquellos sueños de persecución y violación que su psique siempre representaba en una calle marginal, eternamente nocturna. Nunca —ni siquiera en sus más necias fantasías— había previsto que el escenario sería una habitación por la que había pasado decenas de veces, en una casa donde había sido feliz, mientras el día, fuera, continuaba igual que siempre, gris sobre gris.

Con un fútil gesto de disgusto, echó atrás la mano investigadora.

—No seas cruel —dijo la cosa, y sus dedos volvieron a encontrar su piel, tan inalterable como avispas en octubre—. ¿De qué tienes miedo?

—Del exterior... —comenzó ella, pensando en el horror del pasillo.

—Uno tiene que comer —respondió Frank—. Estoy seguro de que podrás perdonarme eso.

¿Por qué sentía su contacto, se preguntaba Kirsty? ¿Por qué sus nervios no compartían su disgusto y morirían bajo sus caricias?

—Esto no está sucediendo —se dijo en voz alta, pero la bestia se limitó a reír.

—Yo también solía decirme eso —dijo él—. Día tras día. Intentaba alejar la agonía soñando. Pero no se puede. Créeme. No se puede. Hay que soportarlas.

Sabía que él le decía la verdad, la clase de verdad indeseable que sólo los monstruos eran libres de decir. Él no tenía necesidad de halagar ni de lisonjear, no tenía una filosofía que debatir ni un sermón que dar. Su espantosa desnudez era una especie de sofisticación. Estaba más allá de las mentiras de la fe y se adentraba en reinos más puros.

Kirsty sabía también que *no* lo soportaría. Que cuando sus súplicas flaquearan y Frank la reclamara para cualquier vileza que tuviera en mente, ella lanzaría tal grito que su propio cuerpo se haría añicos.

Aquí estaba en juego su cordura; no tenía otra alternativa que luchar, y rápido.

Antes de que Frank tuviera oportunidad de apretarla

con más fuerza, Kirsty levantó las manos hasta el rostro de él y le hundió los dedos en los ojos y la boca. La carne que había debajo de las vendas tenía la consistencia de la gelatina: se desprendía en glóbulos y, con ello, despedía un calor húmedo.

La bestia gritó, relajando las manos que la sujetaban. Aprovechando el momento, Kirsty se soltó y se apartó de él; el impulso la llevó a chocar contra la pared con tanta fuerza que se lastimó gravemente.

Frank rugió otra vez. Kirsty no perdió el tiempo en disfrutar de su malestar, sino que se deslizó por la pared—sin tener la suficiente confianza en sus piernas como para moverse hacia territorio abierto—, en dirección a la puerta. Mientras avanzaba, sus pies golpearon un tarro destapado de jengibre en conserva que rodó por la habitación, derramando almíbar y frutas por igual.

Frank se volvió hacia ella; las vendas que ella le había roto colgaban en rizos escarlatas alrededor de su rostro. En varios lugares se podía ver el hueso. Seguía recorriéndose las heridas con las manos y lanzando rugidos de horror, mientras intentaba determinar la magnitud de su mutilación. ¿Lo había dejado ciego? No estaba segura. Aunque así fuera, sólo era cuestión de tiempo que la encontrara en esta diminuta habitación, y cuando lo hiciera su ira no conocería límites. Tenía que llegar a la puerta antes de que él volviera a orientarse.

¡Vana esperanza! No tuvo oportunidad de dar un solo paso antes de que él se destapara la cara con las manos y recorriera la habitación con la mirada. La vio, sin duda. Un segundo después se cernió sobre ella con renovada violencia.

A los pies de Kirsty había una hilera de artículos do-

mésticos. El más pesado era una simple caja. Se agachó y la cogió. Mientras se levantaba, él se le echó encima. Kirsty dejó escapar un grito desafiante y le golpeó la cabeza con el mismo puño con el que sostenía la caja. La caja le pegó tan fuerte que se le astilló el hueso. La bestia se tambaleó hacia atrás y Kirsty corrió hacia la puerta, pero, antes de que pudiera llegar, la otra sombra la abofeteó nuevamente, empujándola hacia el lado opuesto de la habitación. Frank se lanzó en una furiosa persecución.

Esta vez Frank no tenía otra intención que acabar con ella. Sus zarpazos estaban destinados a matarla; que no lo hiciera era prueba de la velocidad de ella y de la imprecisión de su rabia. No obstante, uno de cada tres golpes daba en Kirsty. Le abrió heridas en la cara y en la parte superior del pecho; no podía hacer otra cosa que evitar desmayarse.

Mientras se iba hundiéndose bajo el ataque, volvió a acordarse del arma que había encontrado. Todavía tenía la caja en la mano. La levantó para asestarle otro golpe, pero el ataque se interrumpió abruptamente en cuanto los ojos de Frank se fijaron en la caja.

Hubo una tregua jadeante que le dio a Kirsty la oportunidad de preguntarse si no sería más fácil morir que seguir peleando. Entonces, Frank le extendió un brazo, abrió el puño y dijo:

—Dámela.

Parecía que quería el recuerdo. Pero ella no tenía intenciones de renunciar a su única arma.

—No... —dijo ella.

Él se la pidió por segunda vez y ella percibió una clara angustia en su tono de voz. Por lo visto, la caja era tan

valiosa para él que no quería arriesgarse a arrebatársela por la fuerza.

—Por última vez —le dijo él—. Si no, te mato. Dame la caja.

Ella sopesó las alternativas. ¿Qué más podía perder?

—Di por favor —le contestó.

Él la estudió con aire socarrón; su garganta emitió un suave gruñido. Después, amable como un niño calculador, dijo:

—Por favor.

Esas palabras fueron la señal. Kirsty lanzó la caja contra la ventana con toda la fuerza que le quedaba en el brazo tembloroso. La caja pasó junto a la cabeza de Frank, rompió el cristal y desapareció de la vista.

—*¡No!* —gritó él, y en un instante llegó a la ventana—. *¡No! ¡No! ¡No!*

Kirsty corrió hacia la puerta, mientras sus piernas amenazaban con fallarle a cada paso. Luego salió al pasillo. La escalera estuvo a punto de derrotarla, pero se agarró a la barandilla como una anciana y logró llegar al pasillo de abajo sin caerse.

Arriba seguían los ruidos. Frank la estaba llamando otra vez. Pero esta vez no la atraparía. Huyó por el pasillo hasta la puerta principal y la abrió de golpe.

Había salido el sol después de que ella entrara en la casa: un desafiante estallido de luz antes de que cayera la noche. Entrecerrando los ojos para protegerse del resplandor, comenzó a caminar por la vereda. A sus pies había trozos de cristal y, entre ellos, el arma.

La recogió —era un recuerdo de su valor— y salió corriendo. Cuando alcanzó la calle, empezaron a invadirle palabras: balbuceos inútiles, fragmentos de cosas

que había visto y sentido. Pero la calle Lodovico estaba desierta, de modo que comenzó a correr y siguió corriendo hasta poner una buena distancia entre ella y la bestia vendada.

En algún momento, mientras vagaba por alguna calle que no reconocía, alguien le preguntó si necesitaba ayuda. Ese pequeño gesto de amabilidad la venció, pues era demasiado esfuerzo elaborar una respuesta coherente a esa pregunta, y su mente exhausta perdió toda noción en la oscuridad.